

que se creen capaces de hacer lo más grande y mejor que han hecho los santos, inspirados particularmente por Dios; pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son más para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolución de Santa Rosalía en salirse de su casa es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiración particular y con permiso de tu confesor. ¿Ya se lo has consultado?

—Yo no, ¿para qué? si tengo ó no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez lo dudará y me impedirá poner en ejecución mis designios, ó porque no los crea justificados ó porque no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada; y así, si me resolviera, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime, ¿cuántos caballos tiene mi tío en su casa?

—Dos, y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas ¿por qué haces esa pregunta?

—Ya lo sabrás; y entretanto que Dios dispone lo que ha de ser de mí, te encargo mucho, y á usted también (me decía á mí), que reserven esto con el secreto conveniente; y tú, hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera mujer que habite en las soledades ni que se familiarice en ellas con los ángeles.

—¡Ay! pues qué, Pomposita, ¿tú tienes esperanzas de familiarizarte con los ángeles?—¿Y por qué no? si mi virtud se perfecciona, ¿qué embarazo tendrán los espíri-

tus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en los asperezas de mi retiro? ¡Oh! ¡con qué alegría no escucharé, tendida sobre la verde hierba, los himnos y motetes que me cantarán los encendidos serafines, y con cuánto regocijo y humildad...

A este punto llegaba el delirio de Pomposa, cuando una criada entró á avisarnos que era hora de cenar, y los señores nos esperaban en la mesa. Con este motivo se deshizo nuestra tertulia y fuimos al comedor.

Durante la cena, movió el coronel la conversación sobre los espantos anteriores. Todos los de la casa los afirmaron, asegurando que habían sido sobrenaturales y según como los pintó la pobre beata. El bueno de don Dionisio, aunque decía no haber visto nada, con todo esto, no tenía valor para negar lo que afirmaban su mujer y su hija.

Así que se desahogaron á su gusto y contaron las patrañas que tenían en la cabeza, el coronel con mucha flema les dijo:

—Ya ven ustedes todo eso, pues no hay nada. Todo no ha de pasar de alguna causa natural, que no se ha podido averiguar, ó acaso serán efectos de la acalorada fantasía de mi sobrina.

—Tío, usted me dispense, dijo Pomposa; pero yo puedo jurar que ví al diablo con estos mismos ojos con que veo á cuantos están aquí.

—Yo no lo dudo, hija; mas tú sabes cuánto nos engañan los sentidos. Con esos mismos ojos ves los montes azules, una vara derecha torcida en el agua, el sol del tamaño de una tortera ó comal grande y las estrellas como unos pequeños diamantes; y sin embargo de que así ves todos estos objetos, ninguno es como lo ves, sino enteramente distintos. Conque nada seguro es el testimonio de tus ojos, si es el único que tienes que alegar para que yo te crea.

Hija mía, y usted, hermana, no se engañen ni fomenten ese espíritu espantadizo y asombradizo. Nuestros sentidos nos fingen los objetos distintos de lo que son en sí muchas veces y nuestra fantasía nos alucina sin sentir. Ésta, más que los moldes, ha impreso ¡cuántas veces! milagros falsos y revelaciones apócrifas, de los cuales muchos están condenados por la Santa Iglesia, y otras todavía dudosas sin merecer su aprobación canónica. Las revelaciones de la madre Ágreda son unas de ellas.

Nuestra alma, encarcelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencias, y tal vez son sus enfermedades inconcebibles é incurables como las de éste. ¿Quién creerá que un general valiente, que no temía un gran número de enemigos patrocinados de la formidable artillería, temblase á la presencia de un ratón? ¿Quién se persuadirá á que el célebre Tasso, hombre instruído, inge-

nioso y uno de los talentos que honraron la Italia, creyese que se le aparecía un espíritu sabio que lo ilustraba? ¿A quién le cabrá en el juicio que el gran Pascal se persuadiese muchas ocasiones de que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehemencia que aseguraba la silla y hacía poner tablones y otras cosas para no caer? Volvía en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio; pero dejándolo, á poco volvía con el mismo. Nadie creería estas extravagancias de tales sabios si no las refirieran autores tan calificados de veraces entre los literatos, como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, eruditos, estudiosos, se dejaron preocupar de su imaginación tan fuertemente, que llegaron á ridiculizarse algunas veces, ¿qué mucho será que ustedes se engañen ó las engañe su misma fantasía?

—Estos señores se engañarían, decía Eufrosina; pero mi hija no se engañó; en la segunda noche me parece que le ví los cuernos al enemigo.

—No se preocupe usted, hermana, contestaba mi tutor; ni usted ni ella le han visto cuernos, ni cola, ni nada. Todo eso es histérico, hipocondría ó delirios, y no otra cosa.

Don Dionisio siempre hacía el papel de mirón en estas escenas; no hablaba una palabra, fuérase por su poca instrucción ó por su mucha prudencia para no

contradecir á su mujer; pero esta vez no pudo disimular; habló y dijo:

—Ello es, hermano, que algo podrá ser de lo que usted dice; pero esta ocasión creo que no, y me fundo en que las dos aseguran una misma cosa, y no es posible que la madre y la hija se histericaran ni deliraran á un mismo tiempo.

—Pues señor don Dionisio, dijo el coronel, si ese es todo el fundamento que usted tiene, haga cuenta que nada vale, porque no hay una razón que la sostenga. No sólo es posible, sino muy natural que una señora pusilánime y preocupada como mi hermana, se intimidara y se persuadiera de que ve á los espectros que aseguraba mi sobrina. Ésta se espantó, gritó y conmovió el espíritu asombradizo de su madre, la que, predispuesta á creer que los diablos y muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó de la verdad de Pomposita ni se detuvo á examinar la causa de su espanto, sino que, llena del mismo susto, sólo trató de socorrerla, y tal vez en su fantasía se pintó algo de lo que dice.

No me hace fuerza que haya tanta credulidad acerca de estos espantajos. Las malditas viejas con sus cuentos y patrañas acobardan á los niños, llenan sus cabezas de imágenes funestas y sombrías y los acostumbra, aun cuando tratan de divertirlos, á creer todo lo maravilloso, á lo divino y á lo humano, esto es, contándoles cuentos y

ejemplos falsos. ¿Qué mucho es que estos niños, cuando grandes, crean con la mayor firmeza todas las boberías que aprendió su fantasía desde tiernos? Mucho cuidado tuve en apartar de Pudenciana estas viejas cuentistas y dañosas. ¡Qué sé yo si me habrá valido!

—No hay peor desgracia que llegar á vieja, señor don Rodrigo, dijo tía María muy enojada, ¡mire usted qué tema tiene con las viejas!...

—Yo no lo digo por usted, señora...

—No, ni lo diría usted, porque yo, aunque soy vieja, ni soy embustera ni soy tonta. Sé muy bien dónde me aprieta el zapato, y cuando cuento alguna cosa de espantos, ó los he leído, ó los he visto, ó me los han contado personas muy justas y fidedignas; pero usted nada cree; yo no he visto hombre más incrédulo, y con razón dudo yo si será cristiano de veras.

—Sí lo soy por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, respondió riéndose el coronel; soy cristiano, pero no muy bobo para creer cualquiera cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas.

—¿Pues qué, no hay espantos, en resumidas cuentas?

—Sí, los hay y muchos. El espanto no es sino una perturbación del ánimo que induce al temor más ó menos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupado que

sea. La diferencia es que el hombre de esta clase refrena su temor y hace lugar á la reflexión sobre la causa que lo espanta en el mismo acto del susto; de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasión con el mismo objeto y en iguales circunstancias. No así el preocupado cobarde; éste se espanta cada rato, porque sin examinar la cosa que lo asusta suelta la rienda á la pasión del temor, y entonces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal vez á la muerte, si su corazón es muy chico y la apariencia del espanto muy grande. En todos estos casos se le cierra la puerta al desengaño, el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aquí resulta que se vuelve incurable y más espantadizo cada día. Vean ustedes lo importante que es á los principios hacernos fuerza para examinar la causa que nos espanta.

—Ese es el cuento, decía la beata, que nos pudiéramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quién había de tener esa paciencia? Entonces era señal de que uno no se asustaba.

—Pues, señora, el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por experiencia propia que casi todos los espantos son efectos de nuestra imaginación dirigida por la ignorancia.

—¡Ah! ¿conque sólo los tontos se espantan?

—A lo menos son los más expuestos á espantarse y las más veces con frioleras.

—En dos palabras, hermano, decía doña Eufrosina; usted lo que quiere es hacernos creer que apenas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamás se aparecen á los hombres. ¿No es esto?

—No tanto, hermana, pero muy cerca está usted de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros; los ha hecho, hace y hará hasta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apetecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de hombres; pero muy raras veces, y fuera de las que nos aseguran las sagradas letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas; las demás las tengo por patrañas y cuentos de viejas...

—¡Y dale con las viejas! Señor coronel, decía la beata, ¿qué les habrá usted visto á las viejas? Pues lo cierto es que usted ya no es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos.

—Esto está en opiniones, mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo convencer á ustedes en favor de mi opinión, para que no sean tan espantadizas. Diga usted, *el que cree fácilmente la multitud de espantos que se cuentan y se leen, no puede menos que ser un sacrilego, porque se forma un concepto muy injurioso á*